

La fundación teórica de una sociología de la literatura en la Argentina: sobre tres trabajos de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1977-1983)

The Theoretical Foundation of a Sociology of Literature in Argentina: On Three Works by Carlos Altamirano and Beatriz Sarlo (1977-1983)

Hernán Maltz

Universidad de Buenos Aires / CONICET / Universidad de Belgrano
ORCID: 0000-0003-2274-1873

Date of reception: 17/01/2023. **Date of acceptance:** 25/09/2023.

Citation: Maltz, Hernán. “La fundación teórica de una sociología de la literatura en la Argentina: sobre tres trabajos de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo”. *Revista Letral*, n.º 32, 2024, pp. 297-326. ISSN 1989-3302.

DOI: <https://doi.org/10.30827/rl.voi32.27156>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

Reviso lo que concibo como la fundación teórica de una sociología de la literatura en la Argentina, a través de una lectura en conjunto de tres libros esenciales en este proceso: *Conceptos de sociología literaria* (1980) y *Literatura/Sociedad* (1983), de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, así como una antología previa, *Literatura y sociedad* (1977), con selección de textos e introducción a su cargo. Postulo y desarrollo cuatro ejes descriptivos y analíticos: la división del trabajo intelectual hallable en cada libro y la progresiva fundación disciplinaria; la autoinscripción disciplinaria y su progresiva disolución; la asimetría entre los estudios literarios y la sociología; y la asimetría entre “lo literario” y “lo social”.

Palabras clave: Sociología de la literatura; Sociología; Estudios literarios; Argentina.

ABSTRACT

I review what I conceive as the theoretical foundation of a sociology of literature in Argentina, through a joint reading of three essential books in this process: *Conceptos de sociología literaria* (1980) and *Literatura/Sociedad* (1983), by Carlos Altamirano and Beatriz Sarlo, as well as a previous anthology, *Literatura y sociedad* (1977), with a selection of texts and a prologue by them. I postulate and develop four descriptive and analytic axes: the division of intellectual labor to be found in each book and the progressive disciplinary foundation; the disciplinary self-inscription and its progressive dissolution; the asymmetry between literary studies and sociology; and the asymmetry between “the literary” and “the social”.

Keywords: Sociology of Literature; Sociology; Literary Studies; Argentina.



Dos preguntas iniciales¹

A comienzos de la década de 1980 y a propósito de la profesionalización del estudio de la literatura en el ámbito universitario nacional, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo afirman: “una disciplina sólo existe y se reproduce como tal cuando se constituye un cuerpo de especialistas interesados en su existencia” (*Literatura/Sociedad* 91). Semejante sentencia podría aplicarse, a modo de provocación, a la sociología de la literatura: ¿dónde están sus expertos en la Argentina, una vez transcurridas más de dos décadas del siglo XXI?

Este texto intenta responder parcialmente una pregunta derivada de aquella: ¿qué hicieron —y qué dejaron hecho— quienes pretendieron, en un intervalo de tiempo pretérito, posicionarse como especialistas en sociología de la literatura? Para tal fin, nos abocamos a un trabajo descriptivo y analítico de un corpus de tres libros que representa, hasta el día de hoy en nuestro país, el cenit teórico de la subdisciplina. La referencia se dirige, por supuesto, a dos títulos con autoría de Altamirano y Sarlo, *Conceptos de sociología literaria* (1980) y *Literatura/Sociedad* (1983), así como a una antología previa, *Literatura y sociedad* (1977), con selección de textos y prólogo a su cargo². El especial

¹ Texto elaborado como actividad central en el marco del Programa Postdoctoral en Ciencias Humanas y Sociales, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Una parte sustantiva de la escritura fue realizada a comienzos de 2022, entre enero y marzo. Sin embargo, se trata de un trabajo rumiado y procrastinado durante bastante tiempo: por lo menos desde que organicé el círculo de estudio “Literatura y Sociedad. Altamirano y Sarlo”, en 2017, en la Universidad Nacional de San Martín. Por último, una estancia de investigación en la Biblioteca del Congreso de la Nación (Buenos Aires, Argentina), durante agosto y septiembre de 2023, en el marco del Programa de Becas de la Unidad de Investigación y Vinculación Científica de dicha institución, me brindó el tiempo necesario para corregir la versión que finalmente sale a la luz en *Revista Letral*.

² Desde luego, un cuarto libro clave en el trabajo conjunto de ambos, publicado el mismo año que *Literatura/Sociedad*, es *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (1983). Sin embargo, más allá de su inscripción afín a la sociología de la literatura, este título se destaca más bien por aglomerar estudios de caso en torno a la literatura argentina; apela a la teoría —y, en particular, a algunas herramientas conceptuales de la sociología—, aunque no la explica ni la discute de manera sustantiva, como sí sucede en las otras obras. Otro par de títulos, también publicados por aquellos años, son dos trabajos en que Altamirano y Sarlo no son autores, pero sí partícipes activos: por un lado, la *Encuesta a la literatura argentina contemporánea* (1982), dirigida por Susana Zanetti, pero con cuestionarios elaborados por Altamirano y Sarlo, tal como recuerda de Diego en su estudio sobre dicha encuesta (*Los escritores* 8); por

interés en estos tres libros se debe, en principio, a lo que suele considerarse como la fundación consciente de un área de conocimiento riguroso, en un tipo de proceso que suele implicar, por lo menos, la elaboración de un estado de la cuestión, el establecimiento de problemas básicos de indagación y la clarificación de unas líneas conceptuales sustantivas³. Planteamos nuestra lectura mediante cuatro ejes interpretativos que dan título a cada uno de los apartados que prosiguen: la división del trabajo intelectual en cada libro y la progresiva fundación disciplinaria; la autoinscripción disciplinaria y su progresiva disolución; la asimetría entre los estudios literarios y la sociología; y la asimetría entre “lo literario” y “lo social”.

otro lado, la aparición de un título de Pierre Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual* (1983), editado por Folios Ediciones e inscripto en la colección Argumentos, dirigida por los mismos Altamirano y Sarlo. Tampoco es posible avanzar en nuestra argumentación sin al menos recordar las labores de ambos en publicaciones periódicas, es decir, sus participaciones en las revistas *Los Libros* y, especialmente, *Punto de Vista* (dirigida por Sarlo y con los dos presentes en el comité editorial). Por supuesto, ya desde la dedicatoria de *Literatura/Sociedad* —“A nuestros compañeros de *Punto de Vista*” (9)—, el proyecto específico de sociología de la literatura resulta inconcebible sin dichas actividades, aunque esto no nos impida establecer una escisión analítica: nuestro recorte de los tres títulos indicados se justifica, de manera precisa, por la taxativa voluntad de gestar un proyecto de sociología de la literatura, en contraste con el programa de debate cultural más amplio de aquella revista.

³ Por la argumentación que prosigue, podría parecer que el recorte de un corpus en torno a estos tres libros es algo evidente. Sin embargo, relevamos un conjunto de más de cuarenta estudios (tesis de posgrado y artículos académicos que no consignamos en este lugar por cuestiones de espacio), publicados en el último cuarto de siglo; entre todos ellos, solo Martínez (17), Acha (157n-158n), Falcón (91-92) y Maltz (169-170) explicitan referencias a los tres libros de nuestro corpus en tanto conjunto conceptualmente cohesionado. Es un indicador sencillo, pero manifiesta una pauta aproximativa acerca de cuán poco se ha manifestado que *Literatura y sociedad*, *Conceptos de sociología literaria* y *Literatura/Sociedad* configuran una unidad consistente de un mismo proyecto teórico. Por último, resulta llamativo que tres de los cuatro trabajos del grupo reducido, Martínez (11-30), Acha (156-164) y Maltz (169-170 y 178), plantean una unidad conceptual selectiva, en estrecho vínculo con la recepción de la obra de Bourdieu en la Argentina, lo cual es relevante, pese a que tal asociación reduce las implicaciones de los tres libros en miras a un proyecto de sociología de la literatura más amplio (que incluye al francés, aunque no empieza ni acaba en él). Así, Falcón se convierte en la única autora que, en un período relevado de casi tres décadas, declara explícitamente en un artículo la idea de que los tres libros del corpus, además de *Ensayos argentinos*, integran un mismo núcleo de sentido en torno a un programa de sociología de la literatura. Sin embargo, la idea es apenas enunciada en el tramo final del escrito (91-92), por lo que en este punto comienza nuestra tarea: ofrecer una descripción y análisis acerca de qué implicó el sintagma “sociología de la literatura” en aquellos textos de Altamirano y Sarlo.

La división del trabajo intelectual en cada libro y la progresiva fundación disciplinaria

En un primer acercamiento, nos interesa señalar una dimensión que, por más evidente que resulte, no deja de ser relevante: la fundación de una sociología de la literatura se efectúa a partir de un proceso progresivo. Hay una posibilidad de distinguir una suerte de división del trabajo en que cada libro cumple una función diferente (sin que esto fuera planeado o al menos enunciado con antelación por sus autores, cabe aclarar). De hecho, la unidad conceptual de los tres libros, leídos en conjunto, resulta tan prístina que incluso es posible identificar, en cada uno de ellos, segmentos asimilables a lo que hoy en día suele reconocerse como instancias requeridas por la metodología de investigación en disciplinas sociales y humanísticas: la antología *Literatura y sociedad* bien podría ser concebida como una muestra de textos de un estado de la cuestión; *Conceptos de sociología literaria*, como la clarificación de una agenda de problemas pertinentes para el área de estudios; *Literatura/Sociedad*, como un marco teórico elaborado con un mayor grado de precisión y profundización. A raíz de esta clave de lectura, encontramos la ocasión propicia para efectuar un repaso de los contenidos que ofrece cada libro, así como ciertas continuidades y diferencias que se manifiestan entre ellos.

Literatura y sociedad es una selección de autores —presentados mediante algunos de sus desarrollos conceptuales—, precedida por una introducción, de unas veinte páginas, cuya importancia no podemos exagerar: es la primera exposición de Altamirano y Sarlo sobre cómo debe formularse un proyecto de sociología de la literatura. El hecho de que forme parte de una antología constituye, con seguridad, el motivo por el cual nunca ha sido suficientemente considerada en su carácter inaugural; en consecuencia, tampoco ha sido leída con suficiente atención. Además de la introducción de los propios Altamirano y Sarlo (a la que retornamos a la brevedad con mayor minuciosidad), el libro se compone de siete aportes: Lukács cavila en torno a las diferentes acepciones de “narrar” y “describir”, en particular a partir de sus implicaciones en reconocidas obras decimonónicas que se insertan en un marco global de predominio del capitalismo como forma dominante de relación entre los hombres;

Goldmann delimita su concepto clave de “estructura significativa”, cuya validez teórico-metodológica pretende extender no solo a los estudios literarios, sino a todas las disciplinas de las humanidades; Escarpit reflexiona sobre la problemática y difusa categoría del público lector; Hauser, desde una inscripción marxista (pero diferente a la de Lukács y Goldmann), establece algunos de los alcances propagandísticos e ideológicos de las obras de arte; Levin realiza un énfasis en la dimensión institucional de los fenómenos literarios; Daiches introduce una preocupación por la sociología *tout court*, así como su incidencia y utilidad para la crítica literaria; por último, Bourdieu despliega un argumento en contra del presunto carácter desinteresado de ciertas disposiciones estéticas, así como una disquisición sobre sus condiciones sociales de producción.

Si bien las preocupaciones intelectuales se mantienen, la lógica organizativa se invierte en el siguiente libro: de una estructura basada en autores y sus conceptos, pasamos a otra de conceptos según autores. En *Conceptos de sociología literaria*, por lo tanto, la prioridad pasa por lograr una presentación diáfana de términos clave⁴. La exposición incluye un breve “Prefacio” y, luego, una sucesión de treinta vocablos, ordenados alfabéticamente y glosados de manera sintética: “Autor”, “Campo intelectual”, “Código”, “Conciencia posible”, “Convención”, “Cultura”, “Edición”, “Estructura de sentimiento”, “Estructura significativa”, “Evaluación social”, “Función”, “Género”, “Gusto”, “Ideología”, “Institución”, “Lectura”, “Mecenas”, “Mediación”, “Mercado”, “Niveles de estilo”, “Norma”, “Producción”, “Público”, “Serie”, “Sistema”, “Texto”, “Tipicidad”, “Tradición”, “Valor” y “Visión del mundo”. Puntualicemos cuatro cuestiones. En primer lugar, la sucesión alfabética se solapa con una ponderación de dos conceptos, tal como los autores indican en el texto introductorio: “El orden de un léxico es, por su lógica, el desorden del alfabeto. Dos artículos nos parecen sin embargo que estructuran fuertemente el que ahora presentamos: cultura e ideología. Las remisiones internas, por lo demás, tratarán de hacer menos intrincado un recorrido inevitablemente regido por

⁴ Para leer otras dos síntesis previas (y diferentes a las que prosiguen) sobre *Conceptos de sociología literaria* y *Literatura/Sociedad*, nos remitimos a un par de provechosos párrafos de Gerbaudo (53-54).

algún azar” (Altamirano y Sarlo, *Conceptos* 10)⁵. En segundo lugar, más allá de que la exposición se articula en torno a conceptos, hay sin dudas una continuidad en relación con *Literatura y sociedad*, ya que cada una de las entradas siempre apela a desarrollos de investigadores individualizados e, incluso, en algunos casos se trata de términos asociados a autores singulares, como sucede con Bourdieu y el campo intelectual (14-16), Williams y la estructura de sentimiento (39-42) o Goldmann y la estructura significativa (42-46). En tercer lugar, vale notar el carácter anticipatorio de algunos conceptos, no solo en sus posteriores empleos en las ciencias sociales y en las humanidades locales —sin ir más allá de los dos sintagmas citados de Bourdieu y Williams, que a su vez contrastan con otros que resultaron finalmente postergados, como el de Goldmann—, sino incluso como prolepsis de términos que anticiparon áreas enteras de conocimiento: valga como ejemplo la entrada del glosario dedicada a la edición, precedida varios lustros después por la emergencia y consolidación de un área de estudios sobre el libro y la edición —sobre todo a partir de la publicación de *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (de Diego Editores)—. En cuarto lugar, no debemos soslayar la estrecha afinidad que *Conceptos de sociología literaria* establece, mediante algunas de sus preocupaciones, entre la sociología de la literatura y la teoría literaria: a título ilustrativo, vale recordar que el diccionario comienza con una entrada dedicada al concepto de autor, acaso uno de los vocablos más problemáticos para la teoría literaria⁶.

⁵ Hoy en día, podríamos valorar esta ponderación de “ideología” y “cultura”, en tanto términos nodales, en dos sentidos diferentes. Por un lado, “ideología”, más allá del muy preciso tratamiento que recibe en *Conceptos de sociología literaria*, parece una especie de resabio de un horizonte intelectual de décadas anteriores, cuando era reiterado y encumbrado como término raigal para comprender el orden social —y más allá de que, por supuesto, el vocablo continúa suscitando discusiones sobre su relevancia explicativa (Žižek 7-42). Por otro lado, “cultura”, más que como testimonio de un momento pretérito en la historia de las ideas, podría tomarse como una suerte de anticipación del cambio de rumbo —o, al menos, de prioridades semánticas— que posteriormente tomarían algunas iniciativas de Altamirano y Sarlo, con un eje significativo en el análisis cultural (por ejemplo, la dirección conjunta, hacia mediados de la década de 1990, de una Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural [Nun 9-10]).

⁶ Así como, para la entrada sobre edición, indicamos el ulterior libro de Diego, en el caso del concepto de autor podríamos recordar la publicación,

Literatura/Sociedad lleva a fondo la lógica del libro anterior —conceptos según autores—, pero modifica la organización, ya no apoyada en el alfabeto, sino en una complejidad minimalista en torno a dos grandes partes: “El texto literario” y “Sujetos e instituciones”. La primera se subdivide en dos capítulos que un lector mínimamente instruido podría asociar más a la teoría literaria que a la sociología de la literatura, pues se suceden exposiciones y discusiones sintéticas de autores como Tinianov, Lotman, Mukařovský, Bajtín o Kristeva —y de términos clave como la función y el principio constructivo, el sistema literario, la función estética o la norma literaria—. La segunda parte se estructura en cuatro capítulos que sí, desde ciertos sentidos comunes académicos actuales, parecen más próximos a una sociología de la literatura, a través de nombres como los de Sartre y (de nuevo) Bajtín, aunque especialmente los de Williams y Bourdieu —y de conceptos que Altamirano y Sarlo venían trabajando desde los libros anteriores, como los de autor, público, institución, campo, formación, convención, género, etcétera—⁷. El volumen contiene, además, cuatro apéndices: dos de Altamirano y Sarlo —uno sobre las denominadas “estéticas sociológicas” de Lukács, Adorno, Goldmann y Della Volpe, otro sobre *Recuerdos de provincia* de Sarmiento (este último también incluido en *Ensayos argentinos*)—, a los que se suman dos de críticos latinoamericanos de renombre, Ángel Rama y Antonio Cándido. Resaltemos una sola cuestión de este título de nuestro corpus: el despliegue de los conceptos según autores se presenta en el marco de una ilación argumental general en la que cada autor supone una serie de innovaciones en la historia de las reflexiones sobre los fenómenos literarios y su comprensión en vínculo con la “sociedad” (más allá de lo que este término pueda significar); ahora bien, un aspecto distintivo de *Literatura/Sociedad* es que Altamirano y Sarlo no escatiman en introducir comentarios críticos y reflexivos que se suman a las partes más descriptivas: por poner un ejemplo, frente al predominio de la función expositiva-explicativa que hallamos en *Conceptos de sociología literaria* sobre el

también en el siglo XXI, de la ambiciosa investigación de Topuzian, inscripta disciplinariamente en la teoría literaria.

⁷ En la autobiografía de su trayectoria como lector, Altamirano dedica unas páginas a rememorar y homenajear a Williams y Bourdieu como dos autores esenciales en su itinerario intelectual (*Estaciones* 103-112).

concepto de campo intelectual (14-16), en *Literatura/Sociedad* los autores agregan una disquisición en torno a las dificultades que implica trasponer dicha herramienta teórico-metodológica a un contexto como el latinoamericano (83-89).

Tales son los resúmenes concatenados de los tres libros. Nuestro argumento se basa en sugerir una lectura en conjunto que, como anticipamos, se rige por una suerte de delimitación de un objeto de estudio inherente a los parámetros de la investigación académica actual, ya que abarca un estado de la cuestión, una agenda de problemas y una labor de profundización teórica. Cada uno de estos libros contribuye a una fundación paulatina, pero solo a través de la lectura correlacionada se configura de forma integral un programa conceptual de una sociología de la literatura. Agreguemos un énfasis: el trabajo teórico de Altamirano y Sarlo no contaba, a nivel local, con antecedentes tan precisos y, de manera más llamativa, tampoco los tuvo con posterioridad. Los años subsiguientes sí fueron testigos de una multiplicación de usos “aplicacionistas”, citas de protocolo o, a lo sumo, reflexiones tan breves como reverenciales⁸. De esta forma, los trabajos de Altamirano y Sarlo tendieron a constituirse como obras de referencia, pero no de discusión sobre la subdisciplina. Como consecuencia, a más de cuatro décadas de la publicación de la antología *Literatura y sociedad*, nadie ha logrado proseguir con éxito una delimitación teórica de un programa de sociología de la literatura⁹.

⁸ Como indicamos en una nota precedente, este tipo de referencias se hallan en un conjunto elevado de estudios que no citamos por cuestiones de espacio.

⁹ Un corolario significativo que quizá merecería algo más que una nota al pie: la progresión de la fundación teórica también puede ser seguida a través de la bibliografía final de cada uno de los libros. El tedio de las listas parecería imprescindible, así, para visualizar una nómina de autores y obras que crece de un trabajo al siguiente. El carácter (localmente) singular de la fundación teórica se sostiene en una renovación conceptual que se manifiesta, a su vez, en un relevamiento y sistematización de bibliografía sin precedentes hasta el día de hoy. No exageramos con tal sentencia, pues en dichas listas aparecen títulos casi inhallables en latitudes rioplatenses: valga como ejemplo la referencia a las actas de la primera conferencia sobre sociología de la literatura que tuvo lugar en la Universidad de Essex en 1976 (Barker *et al.*; Altamirano y Sarlo, *Literatura/Sociedad* 275).

La autoinscripción disciplinaria y su progresiva disolución

El criterio de la autoinscripción otorga al corpus una cohesión que confirma su agrupación y lectura conjunta. Leídos en serie, los tres títulos manifiestan este hecho de manera especialmente consistente en cada uno de sus textos introductorios, en lo que probablemente haya sido, hasta el día de hoy en la Argentina, el movimiento más coherente y sostenido de autoinclusión en la sociología de la literatura. Esto, desde luego, no quita ciertas observaciones puntuales y detalles dignos de remarcar, en una evolución no exenta de matices, tal como se desprende de lo que sigue.

Literatura y sociedad es, como venimos de resumir, una antología con una larga introducción escrita por Altamirano y Sarlo (7-30). En las páginas propedéuticas, los autores redactan una perspectiva contextualizadora y unificadora de los textos elegidos. Ya en el primer párrafo, parten de una consideración de lo que denominan “motivos literarios y sociológicos”:

¿Cuándo y por qué la reflexión acerca de la literatura y el arte comienza a plantearse cuestiones tales como la de los vínculos entre el artista, su obra y la sociedad donde ésta es producida y se difunde? Para que ello suceda, fue necesario que pudieran formularse una serie de problemas cuya consideración era prácticamente imposible en el clasicismo, el neoclasicismo o el Renacimiento, por motivos de índole literaria, por un lado, y sociológica, por el otro (7).

Tras desplegar esta primera inquietud, a través de un repaso de los conocimientos producidos en siglos previos, los autores arriban a las preguntas centrales sobre el binomio “literatura y sociedad”, para lo que identifican, de manera explícita, cierta imperiosidad de una indagación sociológica:

Referirnos a las relaciones entre literatura y sociedad nos remite a las implicaciones mutuas trazadas por una teoría de la sociedad que ubique y ponga en correlación las producciones culturales con la totalidad social: una teoría que explique los fenómenos culturales como hechos típicamente interrelacionados aunque, y aquí reside la cuestión a resolver, también relativamente autónomos. Se entiende, entonces, que la

pregunta sobre la articulación de literatura y sociedad supone ya, en su misma formulación, haber adoptado una hipótesis previa, que la investigación sociológica de la literatura deberá convalidar: producción literaria y formación social se vinculan por un sistema de lazos y correspondencias (11).

Aparece, así, la apelación a una investigación de índole sociológica de la literatura, independientemente de lo que “sociología” significara para Altamirano y Sarlo hacia fines de la década de 1970 (un vocablo que, por cierto, no se encargan de precisar, ni en este libro ni en los siguientes). En las líneas que siguen, se reitera la remisión a esta disciplina, en una escritura en que los autores esbozan una agenda de problemas (escrituras y escritores, mediadores y públicos, etcétera). Se refieren a una “consideración sociológica de la literatura” (15); a “otra gran zona problemática de la sociología de la literatura: la sociología del público” (15); a “la posibilidad de que la sociología de la literatura pueda reconstruir e investigar al escritor mismo” (17). En el movimiento de articular una presentación conjunta de los textos antologados, buscan un sentido unificador en la subdisciplina, aunque reconocen su carácter disperso: “Trazar un panorama sucinto de las tendencias, escuelas y corrientes de la sociología de la literatura supone buen número de dificultades, a causa del carácter abigarrado, heterogéneo, de las diversas posiciones teóricas y críticas” (18)¹⁰. Luego de esto, al sintetizar las perspectivas de los autores que componen la antología —así como de otros que, por limitaciones en los derechos de publicación, resultan excluidos, como Barthes, Auerbach y Schücking—, algunos son asociados con mayor énfasis a un programa de sociología de la literatura: Goldmann, de quien se dice que “practica resueltamente la sociología de la literatura” (21); Escarpit, cuyo eje es “estrictamente el de una sociología del hecho literario, en particular de su difusión y su público” (24); Schücking, autor de *El gusto literario*, “que pasó casi inadvertido en los años inmediatos a su primera publicación (1923), luego se convirtió en un verdadero

¹⁰ En la última oración de la introducción, refuerzan la valoración sobre la heterogeneidad como rasgo saliente del área de conocimiento: “Por último, es preciso señalar el carácter no definitivamente constituido de este campo de reflexión e investigación y, por ello mismo, la heterogeneidad —ya subrayada— que lo caracteriza, tiñendo de manera inevitable esta misma selección de textos” (28).

clásico de la sociología literaria” (25); Levin, que se preocupa “por los aspectos sociológicos de la literatura y su tentativa de formular un método crítico que, centrado sobre la definición de literatura como ‘institución’, permita abordar tanto las determinaciones sociales como las formales de una obra” (27)¹¹.

De manera quizá esperable, en los siguientes libros, al ser trabajos enteramente escritos por Altamirano y Sarlo, la extensión de los textos introductorios se reduce, aunque la inscripción en la sociología de la literatura persiste. En el prefacio de *Conceptos de sociología literaria* (9-10) ocurre un hecho curioso: la etiqueta subdisciplinaria que los autores eligen para dar título al libro, “sociología literaria”, figura una sola vez en el texto prope-
 déutico, mientras el sintagma “sociología de la literatura” es empleado dos veces, al comienzo y al final¹². En la primera oración, leemos:

Situada en la intersección de dos campos particularmente contenciosos, la sociología de la literatura está lejos de poseer la firmeza de un cuerpo teóricamente estructurado de objetos y métodos específicos. Propuestas a veces complementarias, a veces opuestas, se disputan los títulos de esta disciplina, litigando sobre sus posibilidades y sus límites. Nadie puede negar, sin embargo, que bajo su nombre se identifican algunas de las corrientes más fuertes de la investigación y la crítica literarias en nuestros días (9).

Este fragmento contiene tres elementos para destacar: primero, los autores refuerzan la apreciación que habían efectuado en *Literatura y sociedad* con respecto al carácter heterogéneo del área de estudios (18 y 28); segundo, entienden a la sociología de la literatura como una rama de conocimiento dentro de la crítica literaria (cuestión que, de algún modo, retoman

¹¹ Frente a estas vinculaciones, Bourdieu es asociado a una más extensa sociología de la cultura (Altamirano y Sarlo, *Literatura y sociedad* 28), adscripción sobre la que Altamirano y Sarlo insisten todavía unos años después, al valorar “la contribución sustancial que [...] ha hecho en el terreno de la sociología de la producción cultural” (*Literatura/Sociedad* 82).

¹² No es el espacio adecuado para una extensa digresión al respecto, pero al menos subrayamos que, si Altamirano y Sarlo concebían los términos “sociología literaria” y “sociología de la literatura” como equivalentes e intercambiables, lo cierto es que cada sintagma presenta un matiz distintivo: el primero parecería indicar un estilo —“literario”— de hacer sociología, en tanto que el segundo efectuaría un énfasis sobre el objeto de estudio al que se aboca —“la literatura”—.

y amplían en *Literatura/Sociedad*); tercero, en relación con el ítem anterior, declaran un alcance limitado de la subdisciplina, ya que, en la medida en que la sociología de la literatura es solo una parte de la crítica, no puede arrogarse una ambición de conocimiento absoluto de los fenómenos literarios: “la sociología de la literatura, al menos en sus representes [sic] más lúcidos, no pretende ocupar el lugar de una estética ni pasar por una consideración exhaustiva de la obra literaria” (10).

En el prólogo de *Literatura/Sociedad* (11-12) se reitera el gesto de autoinscripción, aunque con un nuevo y llamativo detalle que se entrelaza con la modestia advertida en el prefacio del libro precedente: ahora los autores se sirven del término, pero con unas comillas de distanciamiento en cada una de las tres ocasiones en que se refieren a la subdisciplina. En la primera de ellas, remarcan la no exhaustividad que la sociología de la literatura (entre comillas) representa para el estudio de los fenómenos literarios:

Literatura/Sociedad, título deliberadamente genérico, elegido con el propósito de subrayar una de las ideas básicas de este libro: que nuestro objeto es una *relación* y que los términos que ella articula no son dos entidades recíprocamente externas, sino mutuamente implicadas, una relación que varía según los períodos y las culturas. El nombre, más preciso, de “sociología de la literatura” tiene el inconveniente de que consolida la imagen de una disciplina con objetos y métodos definitivos, cuando más bien se trata de un modo de hablar y de interrogar (un lenguaje, si se quiere) a la constelación de fenómenos que se reúnen bajo la categoría, nada obvia, de literatura (11; énfasis en el original).

Una segunda apelación a la sociología de la literatura, de nuevo entre comillas, refuerza la característica de la heterogeneidad señalada en el primer libro: “De esa inestabilidad ha vivido hasta ahora el lenguaje de lo que suele denominarse ‘sociología de la literatura’; así lo revela el conglomerado de teorías, métodos e investigaciones empíricas que se desarrollaron y se desarrollan bajo su nombre” (11). Finalmente, en la tercera apelación directa, sin descuidar el uso de las comillas, introducen una variación sobre el atributo de la no exhaustividad: “La elección de las perspectivas y de los temas, así como su ordenamiento, tornan

superflua la aclaración de que lo que exponemos es sólo *una* versión, quizás poco clásica, de la ‘sociología de la literatura’ y no un inventario de sus tendencias” (12). De esta forma, así como antes declaran, con atinada precaución, que la sociología de la literatura no agota los estudios literarios, añaden que su versión de la subdisciplina es justamente eso: una entre otras posibles. Quizá esta excesiva precaución, especialmente remarcada a través de las comillas de distanciamiento, pueda leerse hoy en día como una prolepsis del posterior alejamiento de la sociología de la literatura¹³.

Como complemento acerca del progresivo desinterés en la autoadscripción a la sociología de la literatura, podemos citar un cuarto texto introductorio, el de *Ensayos argentinos*, escrito por Altamirano a solas, en que se presenta un somero balance de las actividades previas. Una llana afirmación indica que los trabajos realizados junto a Sarlo se inscriben en la sociología de la literatura, al postular que algunos de los ensayos incluidos “representan etapas de una búsqueda que emprendimos en colaboración, entre 1977 y 1981, dentro del campo de la sociología de la literatura” (Altamirano y Sarlo, *Ensayos* 9). A partir de esta cita, remarquemos una cuestión significativa: en 1983, Altamirano comunica de manera directa que sus trabajos intelectuales sobre la sociología de la literatura son considerados como parte del pasado inmediato, pero, especialmente, parecería que es posible

¹³ Más allá del progresivo distanciamiento, huelga remarcar, a partir de las lecturas que hicimos de los textos introductorios, que la autoinscripción es sin dudas en la sociología de la literatura. No en la sociología del arte, como da por sentado Cerviño (28-46), desconociendo que son dos áreas de conocimiento muy cercanas y afines, aunque ciertamente diferentes, tal como sostiene Casas (232-238). Tampoco la autoinscripción de los trabajos que analizamos de Altamirano y Sarlo es en la sociología de la cultura, como dan por sentado Alabarces (708) y Zarowsky (230); al menos esto no ocurre de manera central, pese a que sí sea cierto que Altamirano y Sarlo declaran al pasar, cuando desarrollan el concepto de ideología, su asunción de que la sociología de la literatura forma parte de la sociología de la cultura: “considerado generalmente como capital para la constitución de la sociología de la cultura (y, por ende, de la literatura), el concepto de ideología es, al mismo tiempo, centro de una aguda y vasta controversia teórica” (*Conceptos* 61). Esta concepción de la sociología de la literatura como parte integral de una amplia sociología de la cultura es retomada, más de dos décadas después, mediante la inclusión de una entrada individualizada para la sociología de la literatura (Cevasco 161-167) en un volumen colectivo realizado bajo la dirección de Altamirano, *Términos críticos de sociología de la cultura*.

leer en tal afirmación la certeza de un período concluido¹⁴. De manera más específica, como una suerte de balance, traza una distinción entre una vertiente teórica y otra empírica. La primera se asocia con el corpus de la fundación teórica, mientras la segunda responde a una función dominante de experimentación con objetos empíricos (más allá de los matices que Altamirano agrega para indicar, con mucha justeza, que el estudio de lo empírico no supone necesariamente caer en reduccionismos empiristas [10]). En palabras del propio autor:

Esa búsqueda transcurrió en dos planos: uno, que podría llamar teórico, que nos llevó a leer, en algunos casos a releer, buena parte de lo que había sido escrito acerca de la relación entre literatura y sociedad, buscando desprender de esa revisión determinados criterios para interrogar no solo ese tipo particular de discurso que nuestra cultura designa como literario, sino también sus condiciones de emergencia, de circulación, de lectura. Tratamos de dar forma más o menos ordenada de los resultados de ese recorrido en algunos trabajos y, sobre todo, en *Literatura/sociedad* [...] (9).

Luego de estas aclaraciones, Altamirano se ocupa de darle más espacio a la segunda línea de indagación, centrada en el “proceso literario argentino” (9), tema en que justamente se enfoca *Ensayos argentinos*. De todas formas, unas líneas más adelante, a propósito del realce de la idea de “literatura” como “categoría socio-cultural” (10), aprovecha la ocasión para referirse (acaso como una modesta reivindicación) a *Conceptos de sociología literaria*: “nosotros mismos escribimos un breve léxico de los conceptos más usuales dentro de la sociología de la literatura” (Altamirano y Sarlo, *Ensayos* 10). A modo de cierre parcial, quedémonos con esta suerte de retorno a una inscripción más llana y sin matices, en que los propios autores (o al menos Altamirano en este prólogo) reconocen sus movimientos previos

¹⁴ Altamirano confirma esto, muchos años después, con una apreciación retrospectiva: “Cuando en el mismo año, 1983, aparecieron *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, en el cual se recopilaban los artículos que escribí en colaboración con Beatriz Sarlo durante la dictadura, y *Literatura/Sociedad*, gestado en las mismas condiciones políticas, concluyó una etapa también para mí. Una vez más abandoné los estudios literarios, aunque ahora lo haría definitivamente” (*Estaciones* 113).

de autoinscripción en la subdisciplina. Así, se da la curiosidad de que dos libros publicados en el mismo año señalan posturas diferentes: si en *Literatura/Sociedad*, como vimos, hay una autoafiliación distanciada, en el prólogo de *Ensayos argentinos* predomina un tono retrospectivo, casi como si fuera una indicación de que sus colaboraciones en torno a la sociología de la literatura se dieran por concluidas, especialmente a partir del señalamiento, en 1983, de un intervalo de tiempo cerrado, de 1977 a 1981 (9).

La asimetría disciplinaria entre la crítica y la teoría literarias y la sociología

El criterio de la autoinscripción en la sociología de la literatura acarrea una pregunta adicional. Ya desde el prefacio de *Conceptos de sociología literaria*, Altamirano y Sarlo advierten, como citamos previamente, sobre “la intersección de dos campos particularmente contenciosos” (9). Sin embargo, al revisar sus trabajos, hallamos una curiosa asimetría, ya que ponderan prioritariamente el espacio otorgado a reflexionar sobre la crítica y la teoría literarias, en detrimento de la sociología.

Semejante asimetría puede hallar una justificación, en principio, a partir del solo hecho de recordar la formación de sus autores como estudiosos de la literatura —y no como sociólogos—. Tal como se desprende de una cita ya usada y glosada del prefacio de *Conceptos de sociología literaria*, Altamirano y Sarlo entienden (o entendían en 1980) a la sociología de la literatura como una rama de la crítica literaria. A esto es posible sumar un desarrollo posterior, más preciso, que parece confirmar dicha convicción, aunque con un nuevo rodeo: en *Literatura/Sociedad* dedican dos apartados contiguos (“La literatura como saber académico” y “Las redes de la crítica”) a la elaboración de una breve historia de la crítica literaria y a su proceso de institucionalización (89-96), en lo que podríamos interpretar como una función específica de la sociología de la literatura, encargada de llevar a cabo una suerte de autoobservación de la crítica, desde la crítica, pero con un enfoque relativamente distanciada¹⁵. Con menos

¹⁵ También está el apartado “Revistas y formaciones” (96-100), que podría leerse como una instancia de autorreflexión teórica sobre sus propias

palabras: así como, anteriormente, los autores manifiestan que la sociología de la literatura forma parte de la crítica literaria, en el desarrollo posterior de *Literatura/Sociedad* parecerían indicar que aquella es la encargada de observar y pensar el devenir de toda el área de conocimiento propia de los estudios literarios. Sin embargo, a partir de la precaución con respecto al sintagma “sociología de la literatura”, tampoco es posible afirmar la hipótesis de la sociología de la literatura como observadora de la crítica.

Lo que sí es seguro es que los autores no dedican a la sociología *tout court* el espacio y la reflexión que sí otorgan a la conformación histórica de la crítica literaria. En nuestra lectura de *Literatura/Sociedad*, resulta muy llamativa la posibilidad de trazar una división bastante clara entre las dos partes del libro, que se corresponderían con una suerte de subdivisión del trabajo: por un lado, la crítica y la teoría literarias; por otro, la sociología de la literatura. Tratemos de precisar esto.

Como ya indicamos, a lo largo de la primera parte del libro, “El texto literario” (*Literatura/Sociedad* 13-60), hay un repaso de autores y corrientes muy próximo a un panorama de la teoría literaria, a través de una sucesión de nombres que incluye, entre sus principales referencias, a Tinianov, Lotman, Mukařovský, Bajtín y Kristeva. Altamirano y Sarlo dejan destellos explícitos de que su marco de discusión es con dicha rama de los estudios literarios: al abordar la función estética desde Mukařovský, consignan que “[l]a estetización del comportamiento cotidiano interesa por más de un motivo a la teoría literaria” (27); luego, inscriben los desarrollos de Bajtín dentro de la teoría literaria (33 y 37); un poco más adelante, a partir de la circulación de la obra del ruso en Europa occidental, se refieren a la “teoría literaria francesa” (46); en lo que resta de toda la primera parte del libro, estas alusiones se repiten con algunas variaciones: el “concepto althusseriano de ideología, convertido en teoría de la literatura” (53); “el concepto de intertextualidad puede incorporarse productivamente a una teoría de la literatura” (56); y, a raíz de algunas críticas a Kristeva y a la

actividades como organizadores de revistas (*Punto de Vista* y, anteriormente, *Los Libros*).

sociocrítica, los autores hablan precisamente de una “teoría literaria sociocrítica” (60).

Casi como si implícitamente adjudicaran el estudio de los textos a la teoría literaria y el de los sujetos y las instituciones a la sociología, en la segunda parte, “Sujetos e instituciones” (*Literatura/Sociedad* 61-132), proliferan las referencias directas a esta última. Altamirano y Sarlo remarcan enunciativamente, ya desde las primeras líneas y a lo largo de todo el segundo tramo del libro, la presencia de un sesgo sociológico: un “punto de vista sociológico” (63 y 71), un “análisis sociológico” (63 y 81), una “comprensión sociológica” (64), una “indagación sociológica” (64), una “consideración sociológica” (64, 72, 97 y 99), una “constitución sociológica” (66), una “perspectiva sociológica” (66, 76, 119), una “orientación sociológica” (67), un “estatuto sociológico” (69), una “sociología extrínseca” (72), una “microsociología” (74), una “sociología norteamericana” en oposición a otra de “interpretación comprensiva de filiación diltheyana” (76), “versiones sociológicas” (82), un “énfasis sociológico” (87), un “contexto [...] sociológico” (128). Así, durante muchas páginas, la sociología es apenas una forma de adjetivar una intención cognitiva no del todo precisa —o, mejor dicho, no precisada en absoluto—. Ya hacia el final de la segunda parte, en analogía con las asociaciones entre autores y teoría literaria de la primera (Tinianov, Lotman, Bajtín, etcétera), Altamirano y Sarlo se refieren a proyectos teóricos individuales, de Bourdieu y Williams, a quienes ligan de manera más estrecha con la sociología. Catalogan las elaboraciones de Bourdieu como una “sociología de la producción simbólica” (77), como una “sociología de la producción cultural” (82) y como una “sociología de la producción artística y literaria” (83); con Williams son menos reiterativos, aunque igualmente etiquetan su obra como una “sociología de la producción cultural y literaria” (97). Incluso el sexto y último capítulo, el único que contiene una inscripción en la sociología desde el propio título, “De la historia literaria en la perspectiva sociológica” (119-132)¹⁶, en verdad consiste en un retorno a algunas de las preocupaciones de la primera parte, aunque con algunos rodeos reflexivos. Allí encontramos, por medio de una suerte de circularidad argumentativa, una relectura del formalismo ruso (de

¹⁶ La otra inscripción explícita en los títulos del índice es en el apartado “Hacia una sociología del escritor” (66-72), dentro del tercer capítulo, “Del autor”.

Tinianov), a partir de la cual Altamirano y Sarlo establecen una agenda de cuatro grandes ejes: los géneros, las convenciones, las lecturas y las prácticas, esbozados respectivamente en los apartados “Los géneros” (123-126), “Las convenciones y el sistema social” (127-129), “Historia de lecturas” (129-130) e “Historia de prácticas” (130-132). Ahora bien, ¿cuánto tiene de “perspectiva sociológica” esta delimitación de problemas? Tendríamos bastante derecho a pensarlos como problemas inherentes a la teoría literaria, en vez de a una “perspectiva sociológica” cuyos alcances nunca se expresan de manera diáfana. No es que Altamirano y Sarlo tuvieran la obligación de precisar esto, aunque, de todas formas, esta asimetría entre disciplinas habilita la consideración sobre si acaso la sociología de la literatura no debería ser, entre otras cosas, una forma de preguntarse sobre la sociología *tout court*. De lo contrario, tal como queda expuesto en la lectura del sexto capítulo de *Literatura/Sociedad*, parecería que la sociología de la literatura se diluye en una agenda tradicionalmente asociada a la teoría literaria.

El repaso de los empleos de “lo sociológico” como adjetivo de acompañamiento a lo largo de *Literatura/Sociedad* podría considerarse superfluo. Sin embargo, su realce permite visualizar una aparente división de tareas entre la teoría literaria, más abocada a reflexionar sobre los textos, frente a la sociología de la literatura, inclinada a los sujetos y las instituciones. Tampoco resulta menor el movimiento retórico con que se dota de cierta sociologización, de manera ponderada, a Bourdieu y Williams. Quizá, a partir de esta lectura, incluso podríamos considerar los efectos posteriores que este tipo de interpretaciones produjeron en el panorama de las ciencias humanas y sociales argentinas, en que, hoy en día, por ejemplo, “Bourdieu” y “sociología” funcionan casi como sinónimos en ámbitos universitarios de los estudios literarios y la sociología de la cultura (lo cual deriva, sin dudas, en una consecuencia reductora acerca de qué y cómo es la sociología).

Ahora bien, a propósito de la labor antologadora y editorial, cabe una precisión: es cierto que no hay una redacción propia de Altamirano y Sarlo acerca de la sociología a secas, pero, nobleza obliga, el aporte de David Daiches (107-125) incluido en *Literatura y sociedad* sí contiene una serie de reflexiones al

respecto. Este texto comienza con un apartado que se titula “¿Qué es la sociología?” (107); allí, su autor medita en torno a las relaciones entre la crítica literaria y la sociología, y también se pregunta sobre cómo el conocimiento descriptivo de esta última podría de algún modo contribuir a las apreciaciones de aquella. Por lo tanto, así como nos permitimos cierto reproche a Altamirano y Sarlo en lo relativo a la omisión de la sociología a secas en sus escritos, no debemos dejar de notar que, mediante la edición de trabajos de terceros, sí tuvieron presente la inquietud y, como mínimo, la transmitieron con sutileza a través del texto de Daiches¹⁷.

La asimetría reflexiva entre “lo literario” y “lo social”

La apelación al texto de Daiches y, a través de él, a *Literatura y sociedad*, nos permite plantear una segunda asimetría. Muy cercana a la precedente, pero escindible analíticamente, la ponderación diferencial entre “lo literario” y “lo social” resulta detectable desde la introducción de dicho libro.

Allí, Altamirano y Sarlo, tras unas líneas preliminares, arriban al apartado que denominan “Hipótesis e interrogantes” (11-18), en donde postulan “la relación que debe investigarse [...] entre *sistema literario* y *sistema social*” (13; énfasis propio).

¹⁷ De cualquier modo, parecería que este autor no termina de ser central para Altamirano y Sarlo, al menos si nos guiamos por la introducción de *Literatura y sociedad*, donde reseñan la relevancia —en distintos grados— de los autores antologados. De los siete, Daiches es al que menos espacio dedican, apenas con esta referencia: “En el área de la crítica anglosajona deben destacarse dos nombres de los incluidos en esta antología: David Daiches —autor de trabajos sobre la novela y el mundo moderno donde desarrolla las tesis expuestas en su primer libro, *Literature and society*, de 1938— y Harry Levin” (27). Luego de estas menciones, Altamirano y Sarlo solo se ocupan de los desarrollos de Levin. Dicho sea de paso, no está de más recordar que, en la misma colección en que se publica *Literatura y sociedad*, Biblioteca Total (dirigida por los mismos Altamirano y Sarlo), y en ese mismo año, 1977, se publican un par de libros que sí se hacen cargo de la vacancia señalada en sus propios trabajos: *La sociología clásica: Durkheim y Weber* (1977), una compilación seleccionada y prologada por Juan Carlos Portantiero, y *La investigación social* (1977), una antología al cuidado de Margot Romano Yalour, son dos obras que suponen al menos una curaduría editorial por parte de Altamirano y Sarlo, así como la evidencia de que sí se preocuparon por promover obras que abordaran de manera explícita la teoría sociológica clásica (en las figuras de Durkheim y Weber) y la metodología de la investigación social (en los nombres de Herbert Hyman, Paul Lazarsfeld, Hans Zeisel, P. A. Sorokin y Lewis Coser).

Ahora bien, lo significativo es la visible disparidad que se produce, en los párrafos que prosiguen, entre dichos términos: en el inmediatamente contiguo, mencionan “la función del autor” y el “sistema de la obra” (13); en el subsiguiente, establecen que “la tradición cultural que engloba el sistema literario es uno de los elementos claves para la investigación del nexo entre literatura y sociedad” (13); en el que sigue, se vuelcan de lleno al primero de los sintagmas: “¿A qué aludimos cuando decimos sistema literario?” (13). El interrogante es sin dudas pertinente y su inmediata respuesta resulta por demás satisfactoria:

En primer lugar al conjunto de obras pretéritas y contemporáneas que conforman el medio cultural de un escritor, de un grupo de escritores. No es *toda* la literatura, ni siquiera toda la literatura que le es familiar o conocida. Se recurre precisamente al concepto de *sistema* para designar a este conjunto, puesto que ella define una serie articulada de textos —en ocasiones relativamente homogénea, y a veces muy disímil y abigarrada, como en el caso de la literatura actual (que incluye desde la narrativa realista hasta la experimentación formal, la novela policial o el tipo de relato cinematográfico) (13-14; énfasis en el original).

Lejos de agotarse en el fin del párrafo citado, la respuesta a la pregunta sobre el sistema literario continúa su despliegue en los dos subsiguientes, en los cuales los autores mencionan la pertinencia de considerar cuestiones como la supervivencia, el gusto, el público, el campo cultural, las tradiciones, la historia literaria (engarzada con una más amplia historia de las ideas), las tendencias, las escuelas, las modas, los procedimientos formales, las elecciones temáticas y los géneros discursivos (14)¹⁸. A partir de estos elementos, Altamirano y Sarlo establecen (con un reconocimiento explícito, en nota al pie, a la centralidad de Erich Auerbach y Arnold Hauser para un proyecto intelectual de tal envergadura) una directriz predominantemente formalista para la subdisciplina: “La hipótesis fundamental que desplegará la

¹⁸ Se trata de una enumeración que encuentra un mayor ordenamiento y precisión en el siguiente libro de nuestro corpus, pues *Conceptos de sociología literaria* incluye entradas específicas para varios de tales términos, tal como indicamos anteriormente, como el gusto, el público, el campo cultural o las tradiciones.

sociología de la literatura es la del carácter social e histórico de una historia de las formas y procedimientos literarios, la determinación social del surgimiento y difusión de los géneros y estilos, y conjuntamente, el lento proceso de incorporación de ciertos contenidos temáticos al campo de la literatura” (14).

Ahora bien, frente al interrogante directo acerca de qué implica el sintagma “sistema literario”, así como los tres párrafos destinados a una primera respuesta, no hay una respectiva contraparte que gravite en torno al sistema social. Vale indicar que no faltaban motivos para incluir esta preocupación, que ya existía en la Argentina a través del predominio que, por aquellos años, todavía mantenía la perspectiva estructural-funcionalista en las ciencias sociales, principalmente a través de la obra de Talcott Parsons¹⁹. Resulta llamativo, en este sentido, no solo la carencia de una reflexión explícita sobre el sistema social, sino incluso el empleo de expresiones vagas e imprecisas: sin ir más allá de los tres párrafos en que los autores especifican el sintagma “sistema literario”, hallamos el uso de una fórmula que resulta por demás imprecisa: “los diferentes momentos de *la sociedad concreta*” (14; énfasis propio).

En *Conceptos de sociología literaria*, la asimetría se profundiza en general y, en particular, cuando, en la sección dedicada al “Sistema” (122-128), la referencia se vuelca, sin necesidad de aclararlo en el título del apartado, al sistema literario —sintagma que aparece una decena de veces al interior de esta entrada

¹⁹ En una conversación realizada en 2004 y publicada tres lustros después, Juan Carlos Portantiero recuerda que el predominio del estructural-funcionalismo, hacia mediados del siglo XX, directamente se manifestaba como *la* sociología: “A mitad de la década del 30, Parsons publica un libro, de enorme influencia posterior, ‘La estructura de la acción social’, que va a construir el corpus teórico de la sociología durante treinta años. No sólo eso, sino que va a agregar muchos libros, sobre todo en su segundo momento cuando pasa del accionalismo al sistema, alrededor de los años 50, cuando publica ‘El sistema social’. Con este libro arma un corpus sociológico por el cual la reflexión teórica estaba de alguna manera agotada en Parsons y sus comentaristas y la sociología era el trabajo empírico que ya tenía resuelto el problema de la teoría. A esto se lo llamó ‘estructural funcionalismo’. Yo recuerdo un trabajo que circulaba en fichas acá, no me acuerdo cual [*sic*] era, pero era de uno de los autores más difundidos del funcionalismo de la época en norteamérica [*sic*], que nosotros estudiábamos en las clases, donde decía que el funcionalismo no era un método o una teoría, sino que era la sociología” (Langieri y Rubinich 303). Cabe, de todas formas, matizar las afirmaciones de Portantiero y tener presente que la recepción local de Parsons, incluso por parte del propio Gino Germani, no fue tan absoluta y dominante, sino que se trató de un proceso con matices (Blanco 667-699).

del diccionario, al tiempo que “sistema social” directamente no se emplea en todo el libro—. Hay una asociación del vocablo “sistema” con los desarrollos del formalismo ruso, principalmente en la pluma de Tinianov —y también hay una referencia a Jakobson—, así como el señalamiento de un estrecho lazo con el concepto de serie, que cuenta con su respectiva entrada (118-122). En menor medida y de manera más acotada, Altamirano y Sarlo asocian “sistema” a “una corriente francesa del estructuralismo” (126), a través de las elaboraciones de Bourdieu y Macherey, así como a los trabajos de Williams y su estudio del “sistema cultural inglés” (128). Por lo tanto, en este punto notamos que en *Conceptos de sociología literaria* no se produce ninguna apelación al sistema social, no solo en la entrada correspondiente al vocablo “sistema”, sino a lo largo de todo el libro. Sumemos, de todas formas, una acotación: tal como precisan los autores en el prefacio, hay una indicación en torno a la especial relevancia del término “cultura”, que, a propósito de una interpretación culturalista del orden social, podría tomarse como el término clave que los autores privilegian. Sin embargo, aunque concediéramos que la preminencia de “lo cultural” funciona en detrimento de “lo social”, no deja de ser cierto que, tres años después de la imprecisa apelación al “sistema social” que se esboza en *Literatura y sociedad*, dicho sintagma resulta directamente eliminado en *Conceptos de sociología literaria*.

La tendencia asimétrica entre “lo literario” y “lo social”, lejos de equilibrarse, persiste en *Literatura/Sociedad*. Proliferan las definiciones de literatura asignadas a diferentes autores y corrientes teóricas: la literatura como serie, según las formulaciones de Tinianov (Altamirano y Sarlo, *Literatura/Sociedad* 21); la literatura como sistema, siguiendo a Lotman (24); la literatura como predominio de una función estética, según Mukařovský (27); la literatura como forma ideológica y como práctica social, según “el primer” Bajtín (33), etcétera. No ocurre lo mismo con el vocablo “sociedad”, al que Altamirano y Sarlo sí apelan, pero en menor medida y a través de usos más bien imprecisos, muchas veces a través de adjetivaciones de otros sustantivos: “vida social” (33 y 35), “realidad social” (35 y 40), “mundo social” (36 y 37), “medio social” (36 y 37), “carácter social” (36 y 37), “fronteras sociales” (38) o “lo real social” (39), solo por mencionar algunos

de los ejemplos que figuran en el primer tramo del libro. Otro recurso, menos practicado que el anterior, pero igualmente presente, es un uso personificado del sustantivo “sociedad”: una sociedad “considera” (30 y 128), “proporciona” (34) e incluso “imita” (45). Y, a propósito de referirnos a *una* sociedad, vale mencionar un tercer tipo de empleo, vinculado con una concepción difusa de una pluralidad de sociedades, ya sea delimitadas temporal o espacialmente; si restringimos los ejemplos al cuarto capítulo, “Del campo intelectual y las instituciones literarias”, aparecen menciones como las siguientes: “sociedades occidentales modernas” (83, 85, 90 y 96), “cierto tipo de sociedades” (85), “sociedad francesa” (85), “sociedades latinoamericanas” (86), “sociedad nacional” (89 y 91), “sociedades con estructuras capitalistas” (89), “sociedad argentina” (91), “sociedad global” (83) y “estructura social global” (98). Es decir, son concepciones que presuponen una noción sincrónica de las sociedades (en que las modernas y occidentales se opondrían, aunque no lo expliciten, a las tradicionales y pretéritas), así como otra noción (a veces superpuesta con la anterior) que tiende a efectuar una asociación entre “sociedad” y “Estado-nación”. Por último, el ya referido sexto capítulo contiene un apartado que se titula “Las convenciones y el sistema social” (127-129); a priori, parecería que, finalmente, los autores se disponen a retomar aquel sintagma esbozado unos años antes en *Literatura y sociedad*, pero el breve apartado no contiene ningún tipo de precisión al respecto, sino que se orienta solo al primer término enunciado en su título —las convenciones—. Más allá de estas vagas apelaciones a “lo social” a lo largo de todo el texto, corresponde recordar la aclaración con que los autores inician el libro, relativa a que ellos estudian una relación y no “dos entidades recíprocamente externas” (*Literatura/Sociedad* 11). A partir de esta postura inicial y su énfasis en la dimensión relacional, queda claro que, en términos argumentativos, no hay mucho margen de reproche ante la inexistencia de una definición prístina de “sociedad”; sin embargo, como venimos de indicar, sí resulta llamativa la asimetría reflexiva que se percibe, a lo largo de todo el texto, entre los dos vocablos que componen el título, “literatura” y “sociedad”.

Retorno a las dos preguntas iniciales (a modo de final abierto)

Sería excesivo e inoportuno, en un ajustado apartado de conclusiones, traer a colación otros factores pertinentes y que dejamos de lado en nuestro análisis, como las trayectorias posteriores —y en lo sustantivo separadas— de Altamirano y Sarlo. Ya es muy difícil el solo hecho de recortar sus acciones en torno a un proyecto de sociología de la literatura, pues, entre 1977 y 1983, dos de sus actividades centrales eran las labores editoriales y la militancia política, en el marco más general y ominoso de la última dictadura cívico-militar.

Luego del retorno democrático en la Argentina, dentro y fuera de instituciones universitarias y de investigación académica —la Universidad de Buenos Aires y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, aunque no solo estas dos—, sus trabajos se inscribieron en otras áreas: la historia y la crítica literarias, los estudios culturales, la sociología de la cultura, la historia social, política e intelectual, así como un “etcétera” que no se agota en áreas académicas de saberes especializados²⁰. Más allá de su separación como pareja (intelectual y afectiva), su vínculo continuó y se manifestó de manera significativa en proyectos de docencia e investigación. Traemos a cuenta dos ejemplos: en primer lugar, la dirección que llevaron a cabo, de manera conjunta, de una Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Nun 9-10); en segundo lugar, la publicación de un par de libros que constituyen una unidad: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)* (2001), de Altamirano, y *La batalla de las ideas (1943-1973)* (2001), de Sarlo —aunque este volumen reconoce formalmente a Altamirano como colaborador—²¹.

Entre una diversidad de derivas intelectuales que, si nos permitimos una pequeña valoración, no dejan de causar una

²⁰ A propósito de la trayectoria intelectual de cada uno: en el caso de Altamirano, resulta muy provechosa su ya citada autobiografía como lector, *Estaciones*; en el de Sarlo, un *dossier* coordinado por Podlubne contiene trece artículos que revisan diferentes facetas de la ingente labor intelectual de Sarlo —para una perspectiva global, el aporte de Saítta (1-12) es muy clarificador—.

²¹ Otro ejemplo muy significativo de la continuidad del lazo intelectual y afectivo es la presencia de Altamirano en el consejo de dirección de *Punto de Vista*, actividad que deja de lado recién en 2004 (en el número 79 de dicho año se hace pública su renuncia).

descomunal admiración, sugerimos detenernos en un hecho muy significativo para nuestra argumentación. A comienzos del siglo XXI, Altamirano coordina un ambicioso volumen colectivo, el ya aludido *Términos críticos de sociología de la cultura* —que, de manera esperable, incluye a Sarlo en la nómina de colaboradores—. Entre los cincuenta vocablos y sintagmas que contempla, María Elisa Cevasco —una profesora de Brasil, especialista en estudios culturales y en la obra de Raymond Williams— se encarga de firmar una entrada dedicada a la sociología de la literatura (161-167). El texto, por supuesto, no tiene otra pretensión que la de introducir de manera sintética las incumbencias de un área de estudios. Más allá del valor del artículo —que en pocos párrafos incluye menciones a Williams, Candido, Escarpit, Bourdieu, Derrida, Adorno, Lukács, Goldmann, Bajtín, Jameson, Scharwz y a los propios Altamirano y Sarlo—, quizá se genere una suerte de efecto reductor y empobrecedor para todo aquel que conozca los trabajos fundacionales que revisamos. De esta forma, en sintonía con una hipótesis de English sobre la dispersión productiva de la sociología de la literatura (xii), podríamos sostener que la preocupación por la subdisciplina persiste, no se pierde del todo, pero sí se transforma, se orienta hacia otras disciplinas y se integra en proyectos de mayor envergadura —como el mismo diccionario de términos de la sociología de la cultura—, en un desplazamiento que, por cierto, se inserta en los movimientos generales de la sociología de la literatura a escala internacional —valga, como somero balance de esto último, el artículo recién citado de English (v-xxiii)—. Sin embargo, cuando Altamirano decide volver a incluir la subdisciplina de manera explícita en su trabajo, prefiere no ser él mismo el encargado de presentarla²².

Volvamos, entonces, a los tres textos de nuestro recorte, publicados entre 1977 y 1983. A través de una revisión minuciosa, desarrollamos cuatro claves interpretativas que permiten ver y evaluar la densidad, los alcances y ciertas limitaciones en la ejecución de la propuesta de Altamirano y Sarlo: la división del trabajo intelectual en cada libro y la progresiva fundación de una

²² No encontramos en este texto el espacio necesario para desarrollar la siguiente idea, pero huelga introducir una voluntad comparativa entre *Conceptos de sociología literaria* y *Términos críticos de sociología de la cultura*. Más allá de que este último incluye dentro de sí la ya referida entrada acerca de la sociología de la literatura, ambos trabajos comparten una serie de términos en común: campo intelectual, convenciones, cultura, géneros, gusto e ideología.

sociología de la literatura; la autoinscripción disciplinaria y su progresiva disolución; la asimetría entre la crítica y la teoría literarias y la sociología; y la asimetría entre “lo literario” y “lo social”. Es cierto que, en los dos últimos ejes, orientamos nuestra lectura hacia sendos desbalances en la elaboración teórica, pero, en todo caso, cabe subrayar que, más que falencias, se trata de aspectos que ameritan eventuales reformulaciones y rediscusiones. Más allá de esto, *Literatura y sociedad* (1977), *Conceptos de sociología literaria* (1980) y *Literatura/Sociedad* (1983) representan, hasta el día de hoy, un avance cualitativo y sin parangón para la sociología de la literatura local. Desde luego, estos aportes emergen en un contexto en que existía un acervo de publicaciones locales e internacionales que habilitaba un marco general de concepción “social” de los fenómenos literarios. Pero, en este panorama (del que no pudimos dar cuenta por cuestiones de limitación en el desarrollo y por priorizar el análisis textual), Altamirano y Sarlo fueron quienes materializaron el impulso fundacional para un programa de sociología de la literatura en la Argentina. No hay nadie que, antes o después, haya desplegado un sólido estado de la cuestión, una robusta agenda de problemas y una tan detallada discusión teórica²³.

Habíamos comenzado con dos interrogantes. El segundo posaba la pregunta acerca de qué hicieron (y qué dejaron hecho) quienes, en el pasado, pretendieron erigirse como especialistas en sociología de la literatura. Por medio de cuatro ejes interpretativos, dejamos consignada una respuesta posible —una respuesta que, en todo caso, contiene la voluntad de mantener abierto y someter a discusión el interrogante, más que clausurararlo—. Con ella, finalmente, quizá podríamos retornar a la primera pregunta, pero apuntada hacia el porvenir: ¿dónde estarán los expertos en sociología de la literatura?

²³ Como corolario, la labor intelectual ejercida y concretada en los tres títulos pesquisados se engrandece cuando recordamos y subrayamos que fueron elaborados en grupos de estudio privados, en tiempos adversos de dictadura, de persecución política y con la universidad cerrada.

Bibliografía

Acha, Omar. “La modernización difícil y el campo intelectual: dos categorías problemáticas”. *Un revisionismo histórico de izquierda: y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires, Herramienta, 2012, pp. 131-166.

Alabarces, Pablo. “Culture and the periphery: Nomadic wanderings in the Argentine sociology of culture”. *Current Sociology*, vol. 60, n° 5, 2012, pp. 705-718.

Altamirano, Carlos (comp. y pról.). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires, Ariel, 2001.

Altamirano, Carlos (dir.). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós, 2002.

Altamirano, Carlos. *Estaciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2019.

Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo (introd., notas y selecc.). *Literatura y sociedad*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina [colección Biblioteca Total, subcolección Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre, n° 24], 1977.

Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo. *Conceptos de sociología literaria*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina [colección La Nueva Biblioteca, n° 13], 1980.

Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo. *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires, Hachette [colección Hachette Universidad, subcolección Lengua-Lingüística-Comunicación], 1983.

Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Barker, Francis, John Coombes, Peter Hulme, David Muselwhite y Richard Osborne (eds.). *Literature, Society, and the Sociology of Literature: Proceedings of the Conference Held at the University of Essex. July 1976*. Colchester, University of Essex, 1977.

Blanco, Alejandro. “Política, modernización y desarrollo: una revisión de la recepción de Talcott Parsons en la obra de Gino Germani”. *Estudios Sociológicos*, vol. 21, n° 63, 2003, pp. 667-699.

Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios Ediciones [colección Argumentos, dirigida por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo], 1983.

Casas, Arturo. “Lo social, lo político y lo literario. La sociología de la literatura en las coordenadas de su disgregación”. *Textualidades (inter)literarias. Lugares de lectura y nuevas perspectivas teórico-críticas*, Anxo Abuín González, Fernando Cabo Aseguinolaza y Arturo Casas (coords.), Madrid, Frankfurt, Iberoamericana, Vervuert, 2020, pp. 215-261.

Cerviño, Mariana. “Efectos de campo, luchas de frontera. Recepción de Bourdieu y tropiezos de la sociología del arte en Argentina”. *Bourdieu hoy*, Lucas Rubinich, María Belén Riveiro y José María Casco (eds.), Buenos Aires, Aurelia Rivera, 2021, pp. 28-46.

Cevasco, María Elisa. “Literatura, sociología de la”. *Términos críticos de sociología de la cultura*, Carlos Altamirano (dir.), Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 161-167.

Daiches, David. “Crítica y sociología”. *Literatura y sociedad*, Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo (introd., notas y selecc.), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977, pp. 107-125.

De Diego, José Luis (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014 [2006].

De Diego, José Luis. *Los escritores y sus representaciones. Formación - Campo Literario - Escritura - Lector - Crítica - Canon - Mercado editorial - Libros*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Eudeba, 2021.

English, James F. “Everywhere and Nowhere: The Sociology of Literature After ‘the Sociology of Literature’”, *New Literary History*, vol. 41, n° 2, pp. v-xxiii.

Falcón, Alejandrina. “‘Cuatro grandes colecciones unidas para formar una gran biblioteca’: la Biblioteca Total del Centro Editor de América Latina. Un estudio sobre la importación de literatura y ciencias sociales durante la última dictadura argentina”. *Mutatis Mutandis*, vol. 11, n° 1, 2018, pp. 75-100.

Gerbaudo, Analía. “Intervenciones olvidadas: Beatriz Sarlo en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)”. *Perífrasis*, vol. 1, n° 1, 2010, pp. 49-64.

Langieri, Marcelo, y Lucas Rubinich. “Conversaciones con Juan Carlos Portantiero”. *Sociedad*, n° 39, 2019, pp. 300-310.

Maltz, Hernán. “Sociologías de la literatura y usos de Bourdieu en la Argentina: tres aproximaciones recientes (Szpilbarg, Seccia y Vanoli)”. *Estudios de Teoría Literaria. Artes, letras, humanidades*, vol. 10, n° 23, 2021, pp. 168-180.

Martínez, Ana Teresa. “Lecturas y lectores de Bordieu en la Argentina”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n°11, 2007, pp. 11-30.

Nun, José. “Cómo se creó el IDAES”. *Etnografías contemporáneas* [dossier especial “20 años del IDAES. Investigación y docencia en Ciencias Sociales para una sociedad más justa”], 2018, pp. 9-10.

Podlubne, Judith (ed.). *Beatriz Sarlo, ensayista. Cuadernos de Literatura*, vol. 24, n° 47, 2020.

Portantiero, Juan Carlos (introd. y selecc.). *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina [colección Biblioteca Total, subcolección Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre, n° 16], 1977.

Romano Yalour, Margot (introd., notas y selecc.). *La investigación social*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina [colección Biblioteca Total, subcolección Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre, n° 28], 1977.

Sáitta, Sylvia. “Algunos intentos por escribir sobre Beatriz Sarlo”. *Cuadernos de Literatura*, vol. 24, n° 47, 2020, pp. 1-12.

Sarlo, Beatriz (comp. y pról.) [con la colaboración de Carlos Altamirano]. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires, Ariel, 2001.

Topuzian, Marcelo. *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2014.

Zarowsky, Mariano. “Comunicación y cultura en el Centro Editor de América Latina: entre la renovación epistémica y la intervención intelectual”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 22, 2018, pp. 227-231.

Žižek, Slavoj. "Introducción. El espectro de la ideología". *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Slavoj Žižek (comp.), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003 [1994], pp. 7-42.